

A golden sword is the central focus, its blade pointing upwards. The hilt is intricately designed, featuring a phoenix with its wings spread wide, perched atop a decorative base. The sword is surrounded by vibrant, golden-yellow flames that appear to be rising from the hilt and spreading outwards. The background is dark, with small, glowing particles scattered throughout, creating a dramatic and fiery atmosphere.

# La ESPADA de los SECRETOS

TRICIA LEVENSELLER  
minotauro

La **ESPADA** de  
los  
**SECRETOS**

Forjadora de espadas 1

TRICIA LEVENSELLER

minotauro

*Blade of secrets*

Copyright © 2021 by Tricia Levenseller  
Map art copyright © 2021 by Noverantale  
Jacket art © 2021 by Sasha Vinogradova

Jacket design by Liz Dresner

Published by arrangement with Feiwel & Friends, an imprint of  
Macmillan Publishing Group, LLC

Limited Partnership through Sandra Bruna Agencia Literaria SL. All rights reserved.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Revisión: Agencia Yerro

ISBN: 978-84-450-1481-3

Depósito legal: B. 18.986-2023

*Printed in EU / Impreso en UE*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

## ❧ CAPÍTULO ❧

# 1

**P**refiero el metal a las personas y por eso la forja es mi zona de confort.

Aquí hace un calor insufrible, aun con todas las ventanas abiertas. Me corre el sudor por la frente y por la espalda, pero por nada del mundo renunciaría a mi trabajo de herrera. Me encanta el tacto del martillo en la mano, el choque de metal contra metal, la leve maleabilidad del acero caliente, el olor de un fuego voraz y la satisfacción de un arma terminada.

Presumo de forjar solo armas exclusivas. Mis clientes saben que cuando encargan una espada zivana no habrá otra igual.

Suelto el martillo e inspecciono el proyecto que me ocupa en estos momentos. La aleta tiene la forma correcta. Es la sexta y última de las piezas idénticas que irán engastadas en la cabeza de la maza. Después de sofocarla, la llevo a la muela para afilar las curvas del borde exterior. Ya he hecho las fisuras en la maza con martillo y cincel. Solo me queda soldar las piezas. Con tenazas distintas, lo meto todo en el horno y espero.

Hay mucho que hacer entretanto. Tengo que limpiar las herramientas, deshacerme de la chatarra, accionar el fuelle para mantener el horno a más de dos mil quinientos grados...

Unos gritos perturban la paz de mi lugar de trabajo.

Mi hermana, Temra, lleva la tienda de la forja cuando no está ayudándome con armas más grandes. En ella, los clientes pueden comprar artículos más sencillos, como herraduras, hebillas y cosas así. Con mis herraduras mágicas, los caballos corren más y mis hebillas nunca se rompen ni pierden lustre. Se trata de una magia sencilla, nada que ver con la que empleo en la forja de espadas.

—¡Ziva no atiende a clientes ahora! —grita Temra desde el otro lado de la puerta.

Eso es. Nadie entra en la forja. La forja es sagrada. Es mi espacio.

Cuando considero que el acero está listo, saco del horno la cabeza de la maza, cojo la primera aleta y alineo la parte cortando con la primera fisura.

—¡Pues a mí me va a atender! —se oye vocear—. Debe hacerse cargo de las deficiencias de su trabajo.

Esa palabra escuece. ¿«Deficiencias»? ¿Qué necesidad hay de ser grosero? Si yo fuera una de esas personas que llevan bien los enfrentamientos, saldría a decirle dos cositas al cliente. Pero no hay de qué preocuparse porque mi hermana sí es una de esas personas.

—¿Deficiencias? ¿Cómo se atreve? ¡Búsquese una sanadora y deje de culparnos de su estupidez!

Me estremezco. Igual se ha excedido un poco. Temra nunca ha sabido controlar su temperamento. A veces resulta aterradora.

Hago todo lo posible por aislarme de la discusión y centrarme en mi trabajo. Esta es la parte en que la magia se asienta. El metal está caliente, imprimado. He pensado mucho de qué forma hacer especial esta arma. La masa se usa para aporrear y destrozarse, algo que precisa el ejercicio de la fuerza bruta. Pero ¿y si pudiera incrementar su poder oculto? ¿Y si cada vez que el arma absorbiera el ataque de un rival pudiera transferir esa energía al siguiente?

Cierro los ojos, pensando en lo que quiero que haga la magia, pero doy un respingo cuando, para espanto mío, se abren de golpe las puertas de la forja.

Percibo la presencia del extraño como una losa sobre mis hombros. Por un instante, me olvido por completo de la pieza en la que estoy trabajando porque soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea la turbación que me corre por las venas.

Me fastidia tener la sensación de que no quepo en mi propia piel, como si la angustia ocupase demasiado espacio y me echara de mi ser.

Según se acercan los pasos, procuro recomponerme. Reparo en la maza y me centro en ella como si me fuera la vida en esto. Quizá así el intruso pille la indirecta y se marche.

No hay suerte.

El individuo, quienquiera que sea, se sitúa con paso rotundo al otro lado del yunque, en mi campo de visión, y me planta un brazo delante de las narices.

—¡Mira!

Le veo un corte grande en el antebrazo y se me forma una bola de nervios en el estómago de tenerlo tan cerca. Entra Temra también.

—¡Sal de aquí, Garik, que Ziva está trabajando! —le dice en vano al unirse a nosotros.

—Esto me lo ha hecho tu espada. ¡En el brazo de luchar! ¡Exijo un reembolso!

Se me enciende la cara y, por un instante, no puedo pensar, no puedo hacer otra cosa que mirar fijamente al hombre que sangra sobre mi espacio de trabajo. Garik tendrá unos treinta y pocos. Más que fuerte es larguirucho, de nariz aguileña y ojos demasiado grandes. No es de extrañar que yo no lo reconozca: Temra se encarga de gestionar la mayoría de los encargos que llegan a la tienda para que yo pueda centrarme en la forja propiamente dicha.

Garik me mira como si fuera boba.

—La espada está mal hecha. ¡Me ha cortado!

—¡Te has cortado tú! —le replica Temra irritada—. No pretenderás culpar al arma de un descuido tuyo.

—¡Descuido! Soy un espadachín avezado. No es culpa mía, te lo aseguro.

—Ah, ¿no? ¿Cómo se corta, si no, un hombre el brazo de luchar con su propia espada? ¿Qué estabas haciendo? ¿Ensayando giros? ¿Tirando la espada al aire e intentando atraparla? ¿Presenciaron muchos el tropiezo? —Garik farfulla un buen rato, intentando justificarse, lo que demuestra que Temra ha acertado de pleno con su conjetura—. Igual deberías dedicarte a las acrobacias si vas a usar así la espada en vez de como hay que usarla —le espeteta.

—¡Tú no te metas, fierecilla! Esto es algo entre la herrera y yo. ¿O es que no sabe defenderse sola?

Al oírlo, suelto las herramientas y dedico a ese asqueroso toda mi atención. Una cosa es que venga aquí a atacarme, pero ¿que insulte a mi hermana?

—Garik —le digo con una seguridad en mí misma que no siento—, lárgate antes de que llamemos a los guardias. Ya no eres bien recibido en la forja, en la tienda ni en las proximidades de nuestras tierras.

—El brazo... —dice el otro tímidamente.

—La herida del brazo es menor que la de tu orgullo porque, de lo contrario, habrías acudido a la sanadora y no a mí.

Se ruboriza, mientras sigue goteando sangre al suelo.

Ya no soy capaz de mirarlo a la cara. La situación me supera. Fijo la vista en el encaje de su camisa y me centro en eso. A lo mejor solo he dicho una idiotez. ¿Tenían sentido mis palabras? Si digo algo más, ¿terminaré desvariando?

—Le echo un vistazo con mucho gusto a esa espada para asegurarme de que funciona bien —decido añadir—. ¿Delante de tus amigos, por ejemplo? Aunque, a juzgar por ese tajo, diría que va perfecta.

Con eso basta. Garik sale furioso por donde ha venido, tirando de un manotazo todas las herramientas que tengo en la mesa de trabajo.

Luego desaparece.

—¡Qué hombre tan horrible! —comenta Temra y empieza a recoger las herramientas.

Pero no la oigo. Estoy mirando las herramientas y el sitio que ocupaba Garik. Repaso mentalmente la pesadilla, una y otra vez, sin control. Ha estado ahí, en mi forja. Me ha hecho hablar, cuestionarme mis aptitudes, sentirme como si hirviera por dentro. Como es lógico, sé que ni mi hermana



ni yo estamos en verdadero peligro, que un enfrentamiento así no es el fin del mundo, pero que se lo digan a mi cuerpo.

Me cuesta respirar, o quizá es que respiro demasiado rápido.

—¿Ziva? ¡Madre mía! Tranquila, no pasa nada.

—Claro que pasa.

Temra intenta acercarse, pero yo retrocedo y casi me caigo. Me tiemblan las manos y la temperatura de mi cuerpo pasa de incómoda a insoportable.

—Ziva, ya se ha ido. Estás a salvo. Mira alrededor. Estamos solas. Toma, coge el martillo —dice, y me planta el instrumento en las manos—. Mira cómo respiro yo y haz tú lo mismo —añade, exagerando la respiración, inhalando hondo y exhalando despacio.

Caigo de rodillas delante del yunque, con la cabeza a la altura de la maza sin terminar, sosteniendo de mala gana el martillo con una mano.

«Ya no eres bien recibido.»

¡Las cosas que le he dicho! Lo he insultado. Les va a contar su terrible experiencia a otros posibles clientes. Se enterarán todos de la tontería que he dicho y querrán llevarse sus encargos a otra parte. Me arruinaré. Me verá humillada.

Todo el mundo sabrá que me pasa algo raro.

—Respira —me dice Temra, abriéndose paso entre mis pensamientos enmarañados—. Estás a salvo. Respira.

—¿Y si la espada estaba mal hecha y...?

—La espada estaba perfecta. No pienses eso. Venga, Ziva. Eres increíble. Respira...

Pasa el tiempo mientras intento escapar del yugo de mi propio ataque de pánico.

No sé bien lo que dura, lo que tarda mi cabeza en entender que hay otras cosas más allá de esa sensación de fatalidad inminente. Pero lo supero, sale de mí como el zumo de una fruta exprimida.

Siempre he sido una persona nerviosa por naturaleza, pero estar con otros seres humanos lo empeora mucho. Y a veces tengo esas crisis cuando el encuentro es especialmente desagradable o me siento abrumada.

Estoy cansada y sobrestimulada, pero agradezco el abrazo de mi hermana porque me deja decidir cuándo apartarme.

—Gracias —le digo mientras vuelvo a dejar el martillo en uno de los múltiples bancos de trabajo de la forja.

—Lo siento, Ziva. Te juro que he procurado que no entrara.

—Ya lo he oído, ya. Pero, si alguna vez alguien te parece peligroso, déjalo pasar, de verdad. No te pongas en peligro. Resopla.

—¿Cómo voy a correr peligro con un tipo que se hace una herida con su propia espada?

Reímos las dos y yo me vuelvo hacia la maza sin terminar, sin saber bien si seguir trabajando o descansar un rato.

Solo que... el arma ya es mágica.

No se ha producido ninguna transformación física visible, pero sí perceptible. Una especie de calor pulsátil.

La cojo por el mango metálico y acerco la cabeza para inspeccionarla, protegiéndome de la única aleta engastada, que aún se está enfriando.

—Ha ocurrido algo —digo.

—¿Ha estropeado Garik el arma?

—No, ya está impregnada de magia.

—¿Qué le has hecho?

—Nada. Estaba soldando la primera aleta cuando ha entrado Garik. La he dejado en el yunque y luego...

—¿Y luego...? —me insta Temra.

—Y luego no podía respirar.

Salgo, Temra me sigue. Nuestra ciudad está ubicada en el centro de un bosque de coníferas. Lluve un día sí y otro no, y el sol se disputa con las nubes el dominio del cielo. Hoy el sol brilla con intensidad y me calienta la piel a pesar de la brisa ligera.

Cuando éramos pequeñas, nuestros padres tenían gallinas y una cabra en el jardín trasero. Recuerdo ayudar a madre a recoger los huevos todas las mañanas. Pero ni a Temra ni a mí nos preocupan esas cosas, así que utilizo la parcela como campo de prueba de mis armas.

En cuanto considero que estoy a una distancia prudencial de la casa, agarro fuerte la maza y lanzo un golpe hacia el viejo cedro.

No ocurre nada mágico.

Aunque no es lo habitual, alguna vez le he dado poderes a un arma y he tenido que averiguar cómo funcionaban.

Resulta bastante frustrante.

Golpeo con el mango la tierra prieta del suelo, pero tampoco pasa nada. Por probar, respiro en la maza, porque la tenía muy cerca de la cara durante el ataque.

Nada.

—Déjame a mí —dice Temra.

—¡Ni hablar, que te puedes hacer daño!

—No es la primera vez que cojo una de tus armas.

—Pero porque suelen tener poderes de largo alcance. Hasta que no esté segura de lo que hace, no te voy a dejar... —Temra cae de rodillas y se lleva las manos a la garganta como si se asfixiara. Yo, que acababa de empezar a girar el arma por encima de mi cabeza, me detengo enseguida y me acerco corriendo a ella—. ¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Te has tragado algo?

Inspira bruscamente para llenarse los pulmones y mira admirada el arma.

—No me he tragado nada. Es la maza. Vuelve a hacer eso.

—¿El qué?

—Hazla girar en círculos por encima de la cabeza.

Le doy una vuelta completa y esta vez Temra está sobre aviso.

—Cuando haces eso, no puedo respirar.

Miro espantada la maza y se la paso.

—Ya puedes probar tú.

Lo hace y noto el efecto de inmediato. La maza me succiona el aire de los pulmones, lo atrapa. Me voy alejando poco a poco. Cuando estoy a unos tres metros, ya puedo respirar.

Temra deja de mover el arma.

—¡Increíble!

—Me alegro de que mis ataques de pánico sirvan para algo.

Mi hermana me mira con tristeza.

—Tranquila, Ziva. Si vuelve a pasar, yo te protejo.

Como hermana mayor, debería ser yo quien la protegiera a ella, pero, por lo general, es ella la que me salva a mí.

Tendría que haber sido Temra quien recibiera el don de nuestra madre para la magia. Es mucho más fuerte y más valiente de lo que yo seré jamás, pero dudo que sea consciente de hasta qué punto ese don me ha robado la infancia.

Me alegra que, a sus dieciséis años, pueda centrarse en tareas más triviales, como ligar con chicos y dedicarse a sus estudios. Pero ¿yo? Llevo desde los doce años manteniéndolos a las dos. A menudo me pregunto si pasar buena parte de mis años de aprendizaje encerrada en una forja me habrá vuelto, de algún modo, temerosa de todo lo demás. A mis dieciocho, detesto salir de casa y estar con gente.

O quizá sea solo consecuencia de la propia magia. No tengo a quién pedir explicaciones de mis poderes. A madre la asesinaron cuando yo tenía cinco años, mucho antes de que mi don se manifestara.

—El torneo local es dentro de unos meses —dice Temra—. Seguro que, hasta entonces, pasarán por la ciudad muchos más clientes. Todo el mundo va a querer una espada zivana. —Intenta hacerme sentir mejor, y agradezco el esfuerzo, pero aún estoy flipando con los efectos de mi ataque—. Es una fase —dice, leyéndome el pensamiento—. Pasará.

—Seguro que sí —contesto, aunque no lo creo ni por un segundo.